



CLÁSICOS

# Juvenilia Jane Austen

Traducción y epílogo de  
Ana Isabel Sánchez

GRANTRAVESÍA

CLÁSICOS

# Juvenilia

## Jane Austen

**GRANTRAVESÍA**

CLÁSICOS



# Juvenilia

## Jane Austen

Traducción y epílogo de  
Ana Isabel Sánchez

**GRANTRAVESÍA**

**Juvenilia**

**Título original:** *Juvenilia*

**Autora:** Jane Austen

**Traducción y epílogo:**

Ana Isabel Sánchez

**Concepto gráfico de la colección, dirección de arte**

**y diseño de portada:**

Carles Murillo

**Ilustración de portada:**

Cristina Spanò

D.R. © 2025 Editorial Océano, S.L.U.  
C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª  
08015 Barcelona, España  
www.oceano.com

D.R. © 2025, por la presente edición,  
Editorial Océano de México, S.A. de C.V.  
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas  
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

**Primera edición:** junio de 2025

**ISBN:** 978-84-129653-8-4 (Océano España)

**ISBN:** 978-607-584-129-8 (Océano México)

**Depósito legal:** B 10904-2025

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, [www.cempro.org.mx](http://www.cempro.org.mx)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / *PRINTED IN SPAIN*

9005950010625

# VOLUMEN PRIMERO

# VOLUMEN PRIMERO

- Frederic y Elfrida 11  
Jack y Alice 21  
Edgar y Emma 41  
Henry y Eliza 46  
Las aventuras de Mr. Harley 54  
Sir William Mountague 55  
Memorias de Mr. Clifford 58  
La bella Cassandra 60  
Amelia Webster 64  
La visita 68  
El misterio 76  
Las tres hermanas 80  
Un fragmento compuesto para infundir  
la práctica de la virtud 98  
Una bella descripción de los distintos efectos  
de la sensibilidad en distintas mentes 99  
El coadjutor generoso 101  
Oda a la compasión 103

# Frederic y Elfrida

UNA NOVELA

*A Miss Lloyd*

Mi querida Marta:

Como pequeña prueba de la gratitud que siento por su reciente generosidad al acabarme la capa de muselina, permita que le ofrezca esta breve creación de su sincera amiga.

LA AUTORA

## CAPÍTULO PRIMERO

El tío de Elfrida era el padre de Frederic; dicho de otro modo, eran primos carnales por parte de padre.

Puesto que ambos habían nacido el mismo día y ambos se habían educado en la misma escuela, no era de extrañar que se miraran el uno al otro con algo más que mera cortesía. Se amaban con mutua sinceridad, aunque los dos estaban resueltos a no transgredir las normas de la decencia reconociendo su afecto, ni ante el objeto amado ni ante ninguna otra persona.

Eran extremadamente hermosos y se parecían tanto que no todo el mundo los distinguía. Ni siquiera sus amigos más íntimos tenían manera de diferenciarlos, salvo por la forma del rostro, el color de los ojos, la largura de la nariz y la disparidad del cutis.

Elfrida tenía una amiga íntima a la que, dado que estaba de visita en casa de una tía, le escribió la siguiente carta:

*A Miss Drummond*

Querida Charlotte:

Le estaría muy agradecida si me comprara, durante su estancia con Mrs. Williamson, una capota nueva y a la moda, que favorezca la tez de su

E. FALKNOR

Charlotte, cuya personalidad la inclinaba a complacer a todo el mundo, cuando regresó al campo, le llevó a su amiga la deseada capota, y así concluyó esta pequeña aventura, para gran satisfacción de todas las partes.

Al volver a Crankhumdunberry (el bonito pueblo del que su padre era rector), Charlotte fue recibida con la mayor de las alegrías por parte de Frederic y Elfrida, quienes, tras estrecharla por turnos contra su pecho, le propusieron dar un paseo por una alameda que llevaba desde la rectoría hasta un prado verde moteado con una variedad de flores de colores y regado por un arroyo murmurante llegado desde el valle de Tempe a través de un pasaje subterráneo.

En esta alameda habían pasado apenas más de nueve horas cuando, de pronto, se llevaron una agradable sorpresa al escuchar una voz de lo más exquisita gorjeando la siguiente estrofa.

*Canción.*

Que Damón estaba de mí enamorado  
una vez pensé y creí,  
pero ahora veo que es errado  
y temo que se haya burlado de mí.

No bien concluyeron los versos, repararon junto a un recodo de la alameda en dos elegantes jóvenes agarradas del brazo, que, inmediatamente después de percatarse de su presencia, tomaron un camino distinto y desaparecieron de su vista.

## CAPÍTULO SEGUNDO

Dado que Elfrida y sus acompañantes las habían visto lo suficiente para saber que no eran ni las dos Miss Green ni Mrs. Jackson y su hija, no pudieron menos que expresar su sorpresa ante aquella aparición; hasta que al final, tras recordar que una familia nueva había ocupado recientemente una casa no lejos de la alameda, se apresuraron a regresar, decididos a trabar amistad sin perder un instante con aquellas dos muchachas tan afables y dignas, de las que con razón imaginaban que formaban parte de tal familia.

Conforme a tal determinación, acudieron aquella misma tarde a presentarles sus respetos a Mrs. Fitzroy y a sus dos hijas. Cuando los acompañaron a un elegante vestido, engalanado con guirnaldas de flores artificiales, se quedaron impresionados con el atractivo exterior y la bella parte de afuera de Jezalinda, la mayor de las jóvenes damas. Pero, antes de que llevaran muchos minutos sentados, el ingenio y las gracias que resplandecían en la conversación de la afable Rebecca los fascinaron tanto que todos, de común acuerdo, se levantaron de un salto y exclamaron:

—Adorable y muy encantadora dama, no obstante su desagradable bizquera, sus trenzas grasientas y su espalda abultada, que son más aterradoras de lo que la imaginación es capaz

de pintar o la pluma de describir, no puedo abstenerme de expresar mi embeleso ante los cautivadores atributos de su mente, que tan ampliamente expían el horror que su primera aparición debe inspirar siempre al visitante incauto.

»Los juicios que con tanta nobleza ha expresado acerca de las distintas excelencias de las muselinas indias e inglesas, y la sensata preferencia que les otorga a las primeras, han despertado en mí una admiración de la que sólo puedo proporcionar una idea apropiada asegurándole que es casi idéntica a la que siento por mí.

Luego, tras dedicarle una profunda reverencia a la afable y ruborizada Rebecca, abandonaron la estancia y regresaron raudos a casa.

Desde este momento, la intimidad entre las familias Fitzroy, Drummond y Falknor aumentó día tras día, hasta que, con el tiempo, creció a tal extremo que no vacilaban en tirarse los unos a los otros por la ventana a la menor provocación.

Durante esta feliz época de armonía, la mayor de las Fitzroy se escapó con el cochero y el capitán Roger de Buckinghamshire pidió en matrimonio a la afable Rebecca.

Mrs. Fitzroy no aprobó la unión a causa de la tierna edad de la joven pareja, puesto que Rebecca tenía sólo treinta y seis años y el capitán Roger poco más de sesenta y tres. Para remediar esta objeción, se acordó que esperarían un poquito, hasta que fueran bastante más mayores.

### CAPÍTULO TERCERO

En el entretanto, los padres de Frederic propusieron a los de Elfrida un enlace entre éstos, y, dado que se aceptó con gusto,

se compraron los trajes de la boda y no quedó nada por concertar sino fijar la fecha.

En cuanto a la bella Charlotte, a la que importunaban con impaciencia para que visitara de nuevo a su tía, resolvió aceptar la invitación y, en consecuencia, fue dando un paseo hasta la casa de Mrs. Fitzroy para despedirse de la afable Rebecca, a la que encontró rodeada de pecas, polvos, pomada y pintura con los que en vano se esforzaba en remediar la fealdad natural de su rostro.

—He venido, mi afable Rebecca, a despedirme de usted por los quince días que estoy destinada a pasar con mi tía. Créame: esta separación me parece dolorosa, pero es tan necesaria como la tarea que la ocupa en estos instantes.

—Caray, si le digo la verdad, querida —respondió Rebecca—, últimamente se me ha metido en la cabeza pensar (quizá con escaso motivo) que mi cutis no es en absoluto igual al resto de mi cara y, por ende, me he aficionado, como ve, a la pintura blanca y roja que despreciaría usar en cualquier otra ocasión, ya que odio el arte.

Charlotte, que entendió a la perfección el significado del discurso de su amiga, era demasiado amigable y complaciente para negarle lo que sabía que anhelaba: un cumplido; y se separaron como las mejores amigas del mundo.

Con el corazón afligido y los ojos anegados en lágrimas, ascendió al precioso vehículo<sup>1</sup> que la apartó de sus amigos y su hogar; pero, apenada como estaba, pensó poco en el extraño y dispar modo en que regresaría a él.

Al entrar en la ciudad de Londres, que era el lugar de la morada de Mrs. Williamson, el postillón, cuya estupidez era

1. Un coche de postas. (*N. de la A.*)

asombrosa, declaró, y lo declaró incluso sin la menor vergüenza o reparo, que, puesto que nunca lo habían informado al respecto, ignoraba por completo a qué parte de la ciudad debía dirigirse.

Charlotte, cuya naturaleza ya hemos insinuado antes se regía por un ferviente deseo de complacer a todo el mundo, con grandísima indulgencia y buen humor lo informó de que debía dirigirse a Portland Place, cosa que él consecuentemente hizo, así que Charlotte no tardó en encontrarse entre los brazos de una tía cariñosa.

Apenas se habían sentado como de costumbre, del más afectuoso de los modos, en una sola silla, cuando la puerta se abrió de repente y un caballero anciano con el rostro cetrino y un abrigo rosa viejo, en parte de manera intencionada, en parte por debilidad, se postró a los pies de la bella Charlotte y declaró su afición por ella y le rogó que se apiadara de él de la manera más conmovedora.

Incapaz como era de decidirse a hacer desgraciado a nadie, Charlotte consintió en convertirse en su esposa, tras lo cual el caballero abandonó la estancia y todo se sumió en el silencio.

El silencio, sin embargo, se prolongó sólo un breve instante, pues, al abrirse la puerta una segunda vez, un joven y atractivo caballero con un abrigo azul nuevo entró y le suplicó a la bella Charlotte que le diera licencia para pretenderla.

El aspecto del segundo desconocido tenía algo que inclinó a Charlotte totalmente en su favor tanto como el aspecto del primero: no podía explicarlo, pero así era.

Por tanto, una vez Charlotte prometió, conforme con esto último y con la tendencia natural de su mente a hacer feliz a todo el mundo, que se convertiría en su esposa la mañana siguiente, el caballero se despidió y las dos damas se sentaron a

cenar un lebrato, un par de perdices, un trío de faisanes y una docena de pichones.

## CAPÍTULO CUARTO

No fue hasta la mañana siguiente cuando Charlotte recordó el doble compromiso en el que se había enredado; pero, cuando se acordó, el descrédito de su pasado desatino actuó con tanta fuerza en su mente que resolvió que era culpable de uno mayor y, por esa razón, se lanzó al profundo arroyo que discurría por los jardines de recreo de su tía en Portland Place.

Llegó flotando a Crankhumdunberry, donde la recogieron y la enterraron. Colocaron en su tumba el siguiente epitafio, compuesto por Frederic, Elfrida y Rebecca:

### *Epitafio*

Aquí yace nuestra amiga, quien, tras haber prometido  
a dos que serían su marido,  
en Portland Place lanzó al arroyo  
su cuerpo bello y su hermoso rostro.

Nadie que pasara por allí leyó nunca estos tiernos versos, tan patéticos como bonitos, sin una tromba de lágrimas que, si no la han provocado en usted, lector, debe de ser porque su mente es indigna de ellos.

Tan pronto como hubieron celebrado el último y triste oficio en honor de su difunta amiga, Frederic y Elfrida, junto con el capitán Roger y Rebecca, volvieron a casa de Mrs. Fitzroy, a cuyos pies se lanzaron al unísono para dirigirse a ella del siguiente modo:

—Señora, cuando el bondadoso capitán Roger comenzó a cortejar a la afable Rebecca, usted sólo se opuso a su enlace debido a la tierna edad de las partes. Ese pretexto ya no puede ser, dado que siete días han expirado, junto con la bella Charlotte, desde que el capitán le habló por primera vez del asunto.

»Consienta, entonces, señora, en su matrimonio y, como recompensa, este frasco de sales perfumadas que sujeto en la mano derecha será suyo, suyo para siempre; jamás se lo volveré a reclamar. Pero, si se niega a unir sus manos dentro de tres días, esta daga que sujeto en la izquierda se remojará en la sangre de su corazón.

»Hable ahora, señora, y decida su destino y el de ellos.

Una persuasión tan delicada y amable no podía errar en tener el efecto deseado. La respuesta que recibieron fue ésta:

—Mis jóvenes y queridos amigos, los argumentos que han empleado son demasiado justos y elocuentes para resistirme a ellos; Rebecca, dentro de tres días te casarás con el capitán.

Nada podía ser más grato que aquellas palabras, que todos recibieron con alegría; y ahora que la paz se había restaurado de nuevo entre todos los bandos, el capitán Roger rogó a Rebecca que los honrara con una canción y, después de haberles asegurado que tenía un resfriado terrible, ésta satisfizo la petición cantando como sigue:

### *Canción*

Cuando a la feria fue Coridón,  
para Bess compró una cinta roja,  
con la que ella el pelo se recogió  
y quedó bien hermosa.

## CAPÍTULO QUINTO

Al final del tercer día, el capitán Roger y Rebecca estaban casados e, inmediatamente después de la ceremonia, partieron en una galera hacia la residencia del capitán en Buckinghamshire.

Los padres de Elfrida, aunque deseaban de veras verla casada con Frederic antes de morir, siendo conocedores de que el delicado estado de ánimo de la joven a duras penas soportaba el menor afán y considerando justamente que fijar el día de su boda sería para ella un esfuerzo demasiado grandioso, se abstentían de presionarla sobre el asunto.

Las semanas y meses pasaban volando sin ganar ni un ápice de terreno; los trajes se pasaron de moda y, al final, el capitán Roger y su esposa volvieron para visitar a su madre y presentarle a su preciosa hija de dieciocho años.

Elfrida, a quien le había parecido que sus antiguos amigos se estaban volviendo demasiado viejos y feos para seguir siendo agradables, se alegró al enterarse de la llegada de una muchacha tan bonita como Eleanor, con la que decidió trabar la amistad más estrecha.

No obstante, pronto descubrió que no iba a recibir la felicidad que había esperado de su relación con Eleanor, pues no sólo padeció la humillación de darse cuenta de que ésta la trataba como a poco más que a una anciana, sino que además sufrió el horror de percibir en el pecho de Frederic una pasión cada vez mayor hacia la hija de la afable Rebecca.

No bien tuvo la primera sospecha de tal afecto, corrió hacia Frederic y, de una manera verdaderamente heroica, le farfulló su intención de casarse al día siguiente.

Para alguien en un aprieto como el suyo que fuera dueño de menos arrojo personal del que Frederic poseía, aquellas

palabras habrían significado la muerte; pero él, que no sintió el menor temor, contestó con osadía:

—*Damme* Elfrida, puede que usted se case mañana, pero yo no lo haré.

Aquella respuesta la alteró demasiado para su delicada constitución. En consecuencia, se desmayó y le entró tanta prisa por sufrir una sucesión de desvanecimientos que apenas tenía la paciencia requerida para recuperarse de uno antes de sucumbir al siguiente.

A pesar de que, en cualquier circunstancia de peligro que amenazara su vida o su libertad, Frederic no tenía nada ni de corto ni de perezoso, en otros aspectos tenía el corazón tan blando como el algodón y, no bien supo del peligroso estado en el que se hallaba Elfrida, acudió corriendo a su lado y, tras encontrarla mejor de lo que le habían advertido que esperara, se unió a ella para siempre.

FINIS